

berbios, el ángel caído, confundidos los babilonios, anegados los egipcios, Nabucodonosor, Amán y otros soberbios hechos el oprobio de los hombres, y agradecida y admirada, dice: «Desbarató á los soberbios en su mente y corazón». En la distribución de los bienes observa María que el Señor tiene como ley invariable la exaltación de los humildes y la humillación de los soberbios, y esta norma tan gloriosa para Dios y tan instructiva para el hombre, es objeto de su admiración y alegría, y así gozosa exclama: «Eché de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; llenó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos». Por fin, la fidelidad del Señor en cumplir sus promesas, el cuidado paternal que tiene de todos sus hijos, la caridad con que los ampara, la constancia y perpetuidad con que tales obras realiza, entusiasman á María, la cual engrandece á Dios con la palabra, y sobre todo con los más vivos afectos de su Corazón. Y tú, ¿has meditado estas obras del Señor? ¿No dicen ellas nada á tu espíritu? ¿No alabas por ellas á Dios? ¡Ah! Te deshaces en alabanzas á un miserable mortal que lleva á cabo una obra aunque insignificante, ¿y no manifiestas tu admiración y gratitud por las obras de Dios? Avergüenzate de tu proceder, propón cambiar de conducta; pide la gracia que necesites, y ruega por todas las necesidades.

#### 17.—EXPECTACIÓN DEL PARTO.

PRELUDIO 1.º Deseaba María que llegase el nacimiento de Jesús, en el cual confiaba que no había de sufrir detrimento su virginidad; y así, preparaba cuidadosamente su alma para recibir á su Hijo.

PRELUDIO 2.º Representate á María puesta en oración, suspirando por poder abrazar á su divino Hijo, nacido al mundo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar los deseos de María y su preparación.

**Punto 1.º** *Deseos de María de ver nacido á su divino Hijo.*  
—Considera en este punto los encendidos deseos que tenía la Virgen Santísima de ver nacido á su Hijo, y de que llegase ya la dichosa hora de su parto. Lo primero, por conocer de vista al que, no sólo era Hijo suyo, sino también de Dios, y ver aquella Humanidad sacratísima que había tomado en sus entrañas, y gozar de su hermosura. Lo segundo, por adorarle, servirle y regalarle, y hacer con Él oficio de madre, en agradecimiento de la merced que le había hecho escogiéndola para ello. Y así, con gran ternura diría aquello de los Cantares: «¡Quién me diese, Hijo mío, que te vieses ya fuera de este encerramiento que tienes, para besarte, regalarte y servirte como mereces!» Lo tercero, para que el mundo gozase del bien que ella tenía; porque, aun-

<sup>1</sup> Cant., viii, 1.

que le amaba mucho, no le quería para sí sola, sino para todos, pues había encarnado para todos; y, como la esperanza que se dilata aflige el corazón<sup>1</sup>, cada día se le haría un año; aunque por otra parte estaría contentísima de tenerle dentro de sí, entendiendo que Él gustaba de ello. Con estas consideraciones has de mover tu corazón y despertar en él unos encendidos deseos de que este Hijo de Dios nazca espiritualmente en tu alma y en la de todos, para que de todos sea adorado, servido y amado, valiéndote para esto de algunos versos de la sagrada Escritura de que usaría la Santísima Virgen y de que se sirve la Iglesia en el tiempo de Adviento: «¡Ojalá rompieras esos cielos y vinieses! Para que en tu presencia se deshiciesen todos mis vicios. ¡Oh cielos! Enviad de lo alto este divino rocío. ¡Oh nubes! Lloved para mí al Justo. ¡Oh tierra! Ábrete y brota para mí al Salvador». Y espiritualizando los deseos de la Virgen de ver nacido al Hijo que había concebido, has de desear tú también que los buenos propósitos que has concebido por inspiración del Espíritu Santo, salgan á luz y vengan á traducirse en obras perfectas; de otra suerte, atormentarán tu conciencia, al modo que atormenta á su madre el niño que no puede nacer á su tiempo. ¡Oh Madre inmaculada! Por aquel intensísimo deseo que teníais de ver nacido á vuestro Hijo, os suplico vuestros auxilios, para que mi alma nazca á la gracia y se perfeccione en ella hasta alcanzar la gloria. ¡Oh alma devota! Aquí tienes el termómetro que te dice cuánto amas á Dios. ¿Tienes deseos de conservarle en tu compañía? ¿Sientes estar alejada de Él?

**Punto 2.º** *María confía que en el nacimiento de Jesús su virginidad no sufrirá menoscabo.* — Considera aquí la esperanza certísima que tenía nuestra Señora de que su virginidad no había de padecer detrimento en el parto, creyendo firmemente que, como fué virgen en el concebir al Hijo de Dios, sin obra de varón, así lo sería en el darle á luz sin perjuicio de su entereza virginal; porque la experiencia de lo pasado la certificaba de lo futuro, acordándose que ambas cosas fueron profetizadas juntamente por Isaías, diciendo: «Mirad que una Virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros». Revolvería estas palabras dentro de sí, y con grande admiración diría: ¿De dónde á mí tanto bien, que sea yo esta milagrosa Virgen? ¡Qué! ¿es posible que haya yo concebido en mis entrañas al mismo Hijo que el eterno Padre tiene dentro de las suyas? ¿Y que esté conmigo el Emmanuel que tantos han deseado tener consigo? ¿Y que sin daño de mi virginidad salga de mí para estar con todos? Con estos afectos encendidos has de recibir tú las visitas que el Señor se digna hacerte, ya por medio de las inspiraciones de su gracia,

<sup>1</sup> Prov., xiii, 12. — <sup>2</sup> Isai., xlv, 8; Lxiv, 1. — <sup>3</sup> Isai., vii, 14.

ya, sobre todo, cuando te visita y entra en ti por medio de la comunión, sabiendo que el que tienes entonces en tu pecho es el mismo que tenía la Virgen en sus entrañas antes que naciese, y con la misma fe, humildad y confianza con que Ella le hablaba, debes tú también hablarle, convencido de que, así como escuchaba los afectos y súplicas que Ella le dirigía, así oye también las tuyas. Aprende sobre todo á tener grande esperanza de que Dios cumplirá todas las promesas que te ha hecho, aunque en la apariencia sean muy extraordinarias y milagrosas; y así has de creer y confiar con certeza que Él te ayudará en las tribulaciones, humillará á tus enemigos, te perdonará los pecados, te dará su gracia, para que vayas creciendo en virtud hasta llegar á la gloria. ¡Oh Virgen benditísima! Razón tenéis para regocijaros. En vuestro seno lleváis al Criador del mundo; dentro de poco vuestros ojos le verán, vuestros brazos le estrecharán y vuestros pechos le ofrecerán alimento. Sea para bien dicha tan soberana, por la cual os suplico dispongáis mi corazón, para que de un modo debido reciba á vuestro Santísimo Hijo cuando en la sagrada comunión se digna venir á visitarme.

**Punto 3.º** *María se prepara para el nacimiento de su Hijo.*—Considera cómo María, próxima ya al alumbramiento, viéndose libre de los sobresaltos y temores que tienen otras mujeres al hallarse en el estado que Ella, y de los cuidados del parto que suelen darles pena, sólo pensaba en aparejar su alma con esclarecidos actos de virtud, para servir mejor á su Hijo, y en prevenir lo que era menester para su nacimiento, conforme á su pobreza. Pondera cómo esta Señora estaría constantemente ocupada en hermosear su alma con más profunda humildad, más ardiente caridad y más viva fe, sabiendo que estas son las disposiciones que desea encontrar el Señor en las almas á quienes visita. Á su imitación has de aparejarte tú para el nacimiento de Jesús, quitando los estorbos que hubiere en tu alma, y adornándola con esclarecidos actos de virtud, conforme á aquellas palabras que decía á sus oyentes san Juan Bautista: «Aparejad el camino para el Señor: todo valle se hinche; todo monte y collado se abaje; los caminos torcidos se enderecen y los ásperos se allanen, porque toda carne ha de ver al Salvador»; que es decir: Quitad de vosotros los vicios contrarios al Salvador que nace, y adornaos con virtudes semejantes á las que trae; quitad honduras de pusilanimidades, altivez de soberbias, intenciones torcidas y costumbres ásperas, procurando todo lo que fuere posible levantar vuestro espíritu á lo alto con la confianza, y abajarle á lo profundo con la humildad, enderezando vuestras intenciones á lo celestial, sin mezcla de lo terreno; y siendo mansos con todos, sin dar ocasión de tropezar á ninguno; porque

<sup>1</sup> Luc., III, 4; Isai., XL, 3.

tal es el Salvador que ha de nacer, y con tales disposiciones le habéis de recibir. Estas cuatro virtudes, contra los cuatro vicios contrarios, has de procurar para el fin dicho, por medio de la Virgen sacratísima. ¿Procuras tú recibir al Señor con las virtudes que te enseña María, esto es, con humildad, confianza, recta intención y mansedumbre? ¡Oh Virgen Santísima, que con fervorosos deseos esperabais el nacimiento de vuestro Hijo, y con excedentes obras os disponíais para verle y abrazarle! Negociadme que quite de mí los estorbos de su venida, y con gran diligencia me apareje para ella.

**Epilogo y coloquios.** ¡Qué deseos tan encendidos, qué anhelo tan ardiente sentiría la Virgen de ver nacido al Hijo que tenía en sus entrañas! Querría conocer de vista al que, siendo Hijo suyo, era al mismo tiempo Hijo de Dios desde la eternidad; anhelaría poder obsequiar, servir y abrazar á aquel divino infante, por quien había sido criado el cielo y la tierra, y al cual los ángeles postrados adoran; suspiraría porque cuanto antes aquella luz brillante iluminase el mundo, aquel sol resplandeciente vivificase y calentase la tierra, y aquel divino Pastor saliese á recoger su ganado. ¡Oh, cómo desahogaría aquella Señora su Corazón en amorosos suspiros! ¡Cómo repetiría las exclamaciones de los patriarcas y profetas llamando al Salvador del mundo! No recelaba que hubiera de sufrir detrimento alguno su integridad virginal en el parto. La experiencia de su concepción milagrosa y los oráculos de los profetas la tranquilizaban. Por lo cual, todos sus pensamientos y ocupaciones, todos sus deseos y trabajos se ordenaban á preparar su alma, disponerla y hermosearla con virtudes, sabiendo que estos son los adornos que agradan al Señor, y en los que se había de complacer únicamente su divino Hijo. ¿Ves á María? ¿Observas cómo se prepara para recibir en sus brazos á Jesús en su nacimiento? Y tú, ¿qué haces? ¿Sientes en tu corazón deseos de que amanezca para ti el día en que Jesús te regale con su presencia? ¿Cómo te preparas para recibirle? ¿Te adornas con la confianza, humildad, intención recta y mansedumbre? ¡Cuán poco gratas han debido ser para Jesús las visitas que te ha hecho y las que de ti ha recibido! ¿Cómo te portarás en adelante? Medita con atención lo que ha de agradar á Jesús, y con firmes propósitos trata de adquirir tales disposiciones; al efecto, pide á Jesús y á María su poderoso socorro, y ruegues por todas las necesidades, tanto espirituales como corporales.

## 18.—JORNADA DE LA VIRGEN Á BELÉN.

PRELUDIO 1.º La Virgen y san José, en cumplimiento del edicto del emperador, fueron á Belén, y no hallando allí posada, se recogieron en un establo.

PRELUDIO 2.º Representate á la Virgen en este camino y en Belén buscando posada.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la obediencia, resignación y demás virtudes de María.

**Punto 1.º** *María y José dirigen á Belén.*—Considera cómo, llegado el tiempo en que había de nacer Jesucristo al mundo, salió un edicto del emperador de Roma<sup>1</sup>, mandando que todos se empadronasen en el lugar de su origen; y como José era originario de Belén y de la familia de David, fuéle preciso ir á aquella ciudad con su esposa María, que se hallaba ya próxima á dar á luz á su Hijo. Muchas razones les excusaban del cumplimiento de esta obediencia; sin embargo, deseosa aquella sagrada familia de dar ejemplo de sumisión, se somete gustosa á una orden dada por un tirano, que solo busca su honra vana, inspirada por el orgullo y ambición, y sumamente pesada, ya por el tiempo en que se ha de cumplir, ya por las circunstancias excepcionales de la familia que la observa. Aprende tú de este ejemplo á someterte á los superiores, prescindiendo de los motivos que ellos tienen para mandarte y de las dificultades que tienes para obedecer. Pondera sobre todo la jornada que hizo la Virgen, el modo cómo caminaba, y las virtudes que en ella ejercitaba. Como era pobre, el camino largo y el tiempo del invierno riguroso, no le faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazón puesto en Dios y en el Hijo de sus entrañas, con quien tenía sus coloquios y entretenimientos. Si algún rato hablaba con su esposo, todo era de Dios con gran dulzura; y á pesar de su estado, no se cansaba, porque el Hijo no le causaba molestia, y la esperanza de verle pronto nacido le daba grande alegría, y gustaba salir de Nazareth, porque con mayor quietud gozaría de Él naciendo fuera de ella. ¡Oh Virgen benditísima! No es menester deciros como á la Esposa<sup>2</sup>: Que os déis prisa á caminar, pues ya pasó el invierno y cesó la lluvia, y han salido las flores de verano; porque las ganas de padecer y obedecer os hacen caminar en el rigor del invierno, para que nazca la flor de Jesé, en quien está nuestro descanso. ¡Oh cristiano! Contempla la obediencia puntual y alegre de María, su recogimiento en el andar, su dulzura en el hablar y su santidad en todo su porte. ¿Procuras imitarla?

**Punto 2.º** *María y José llegan á Belén, y no hallan posada.*

<sup>1</sup> Luc., II, 1. — <sup>2</sup> Cant., II, 11.

*da.*—Considera cómo la entrada de la Virgen en Belén fué en ocasión de tanto concurso de gente, que no halló quien la hospedase; ni en el mesón ú hospedería pública hubo aposento donde estuviese; y así le fué forzoso recogerse con su Esposo en un establo de animales, trazándolo así la Divina Providencia, para que el Hijo de Dios entrase en el mundo mendigando y padeciendo, sin que hubiese uno que se compadeciese de su trabajo. Contempla á los dos santos Esposos recorriendo penosamente las calles de Belén, fatigados del largo camino que acababan de hacer; llaman á las casas de los parientes y amigos, los cuales se excusan, diciendo que no tienen lugar; van á la posada pública, y al verlos con un exterior tan pobre, tampoco los admiten. ¡Oh providencia admirable y adorable del Señor! Los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belén están muy abrigados y aposentados á su gusto; y la Reina de cielo y tierra, y la Emperatriz del universo, y el Hijo divino que lleva en su seno, siendo Hijo del eterno Padre, Señor de todo lo creado, viniendo á buscar posada á su ciudad y entre sus parientes, se ven desechados y no hallan donde hospedarse. Cuán bien comienzan á cumplirse las palabras que después dirá este Señor<sup>1</sup>: «Las raposas tienen sus madrigueras, y las aves del cielo sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». Pero mira la causa de no hallar posada la Virgen en Belén, y verás que fué la ignorancia de aquella gente; porque, llegando esta Señora con su Hijo á sus puertas, no los conocieron, ni supieron el bien que les viniera si les admitieran, admitiendo otros huéspedes de quienes podían recibir poco ó ningún provecho. ¡Oh Maestra soberana! Abrid los ojos de mi entendimiento, para que conozca á mi Dios cuando viene á visitarme. No sea yo tan insensato como los de Belén, que menosprecie vuestra visita, y cerrándoos la puerta de mi corazón, os obligue á apartaros de la casa de mi alma. ¿Has meditado tú los desprecios que sufre María en Belén? ¿Sentirás todavía el ser despreciado? ¿Cómo recibes las visitas del Señor?

**Punto 3.º** *Paciencia y conformidad con que María soportó su desamparo.*—Considera en este punto la paciencia y resignación admirables con que la Virgen Santísima y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, y la alegría con que sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y el gusto con que se recogieron en el establo, tomando para sí el lugar más desechado de la tierra. Porque de sus labios no salió ni una sola queja, ni su corazón sintió la turbación más ligera, ni el más insignificante resentimiento suspendió un solo momento la tranquilidad de su alma; sintiendo mucho más el bien de que se privaban aquellos que no querían admitirlos, que su propio mal

<sup>1</sup> Luc., IX, 58.

y desamparo. Entonces levantarían su corazón al cielo, y dirigiéndose al Padre Eterno le dirían: «Señor, á Ti ha sido abandonado el pobre; Tú serás el ayudador y amparador del huérfano». Pondera particularmente las causas de esta paciencia y paz inalterable de la Virgen en una situación tan apurada. Estas son principalmente la voluntad de Dios, á la cual estaba sujeta incondicionalmente; el ejemplo del divino Hijo que llevaba en su seno, cuya humildad, paciencia y resignación conocía; la compañía de Jesús, con la cual todos los trabajos son suaves y las penas más amargas son dulces; el ejemplo de san José, ya el que debía darle, ya el que del mismo recibía. Imita á esta Señora, hermanando en ti la humildad y pobreza con la paciencia y alegría, y procurando para ti lo peor y más desechado del mundo, llevándolo con paciencia cuando te cupiere en suerte; pues no puede haber mayor suerte que imitar á la Virgen, como Ella imitó á Jesucristo. ¡Oh Virgen santa! También yo os digo, señalándome á mí mismo, *tibi derelictus est pauper*; pobre y miserable, me arrojo en vuestras manos; no me desechéis. Bien merecía vuestro desprecio, habiendo buscado antes que á Vos á miserables criaturas que me cobijaran y me franquearan un lugar en su corazón. Mas conozco mi error y lo ingrato que he sido con Vos. Sin embargo, admitidme, Madre mía, que jamás os dejaré. ¡Oh alma! ¿Cómo llevas las humillaciones y el desamparo de los hombres? ¿Te quejas en tales casos de la Providencia?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cuán admirables son los caminos de la divina Providencia! Jesús está para nacer; la Virgen, su Madre, está en Nazareth, y su nacimiento se ha de verificar en Belén. ¿De qué medios se valdrá el Señor para que todo se verifique según sus designios? ¡Oh sabiduría de Dios! El emperador de los romanos da un decreto, por el cual José y María se ven obligados á salir de su ciudad, dirigiéndose á Belén. De este modo, por una parte, Dios ve que se cumplen sus trazas, los hombres tenemos modelos perfectos á quienes imitar, y los ángeles ocasión de ejercitar su ternura y amor con el divino Hijo y su celestial Madre. Mira á esta Señora admirable, con qué prontitud obedece, con qué recogimiento camina, con qué resignación sufre los desvíos de los moradores de Belén, y con qué alegría se recoge al establo, lugar de animales, el más despreciado del mundo, en el cual ni los más pobres habrían querido recogerse. ¡Desgraciados habitantes de Belén! ¡Cuán to os perjudica vuestra ignorancia! Dios y su Madre se ofrecen á ser vuestros huéspedes, y á cobijarse bajo vuestro techo, y los desecháis, y admitís á muchos de quienes poco ó nada podéis esperar. Y tú, alma cristiana, ¿cuántas veces has desechado á tu Dios? ¿Cuántas veces llamaba á la puerta de tu corazón con santas inspiraciones, sú-

<sup>1</sup> Psalm. x, 14.

plicas, remordimientos, y has hecho el sordo? Cuando te has visto despreciado, ¡qué sentimiento! ¡qué quejas tan amargas! ¿Qué harás en adelante? ¿No te abrazarás con los desprecios y desvío de los hombres? Mira á María y á José, y avergüénzate de tu delicadeza: propón imitar sus virtudes, y con humilde confianza pídeles para ti y para los demás.

#### 19.—PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Transcurridos los cuarenta días desde el nacimiento de Jesús, María fué al templo á cumplir con la ley de la purificación, ejercitando en esto excelentes virtudes.

PRELUDIO 2.º Representate á María cumpliendo este precepto legal.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

**Punto 1.º** *María en su purificación dió ejemplos de amor al recogimiento y á la pureza de corazón.*—Pasados los cuarenta días que fijaba la ley <sup>1</sup> para la mujer que había dado á luz á un hijo varón, salió María de su retiro, y fué al templo para cumplir con la ley de la purificación, ofreciendo, como pobre, un par de tórtolas ó palominos, y pidiendo al sacerdote que rogase por Ella. ¡Qué virtudes tan excelentes descubre nuestra Señora en esta ocasión! Pondera primeramente su grande amor al recogimiento, que guardó con tanto gusto, que, cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su rincón, apartada del tráfago y bullicio del mundo, y atenta solamente á contemplar las grandezas inefables de su Hijo, y á criarle con amor; y con Él se hallaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo. Admira luego la otra virtud excelente que te enseñó en este día, que fué grande amor á la pureza y limpieza de corazón, dando de ella muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más, guardando la ley de la purificación, de la cual ninguna necesidad tenía, á fin que de Ella pudiese decir su Amado: «Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna». Vuelve ahora sobre ti los ojos, y, al ver las muchas culpas y pecados que afean tu alma, y la libertad que tienes en el mirar, andar y hablar, y la repugnancia que sientes á la soledad, recogimiento y silencio, no podrás menos de confundirte y avergonzarte, viéndote tan lejos de imitar estas dos virtudes de María. La causa de esto es porque, muy distraído en las cosas exteriores, entras pocas veces y aun sin detenerte dentro de ti mismo, donde mora Dios; por lo cual, faltándote el consuelo exterior y careciendo del interior, vives triste, el silencio se te hace insoportable, la soledad un destierro y el recogimiento un suplicio. Si, imitando á tu Madre, te acostumbras á hablar con Dios y á escuchar su divina voz

<sup>1</sup> Levit., xii, 2. — <sup>2</sup> Cant., iv, 7.